

**Las novelas
inéditas de
Elise Alderman**

Fani Álvarez

LES
editorial

Primera edición: mayo de 2022

© Fani Álvarez, 2022

© Letras Raras Ediciones, S. L. U., 2022

© Gabriela Rey @madameardent, ilustración de la portada, 2022

LES Editorial pertenece a Letras Raras Ediciones, S. L. U.

www.leseditorial.com

info@leseditorial.com

ISBN: 978-84-17829-64-3

Depósito legal: MU 124-2022

IBIC: FL

Impresión: Podiprint

Impreso en España - *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

*A Adrián, para que cuando leas esto,
tu presente sea más esperanzador
que el de estas historias.*



¿Quieres escuchar la banda sonora de esta historia?

Prólogo de la edición

La vida de Elise Alderman sigue siendo un misterio incluso en nuestro tiempo. Son pocas las fuentes que tenemos para reconstruir su historia a pesar de que su producción literaria era, si no prolífica, al menos constante desde la publicación de su primera novela *La cuenta atrás para el principio*, en 2033.

Es sin duda el descubrimiento de estos tres manuscritos no publicados, junto con algunos de sus diarios personales, cedidos por la que fue su pareja hasta su muerte, así como el de los numerosos correos y mensajes directos que se intercambiaba con otras escritoras —y también amantes— lo que nos ha permitido conocer mejor la vida privada de la escritora.

Quizá lo más inesperado de este descubrimiento sea la fuerte carga de crítica social que impregna estas tres novelas inéditas y que parece respaldada por la evidente preocupación y frustración que se pueden extraer al leer y analizar sus escritos personales, añadido al clima sociopolítico que reinaba en las fechas en que fueron escritos.

El objetivo principal de reunir en una sola edición las tres *novelettes* inéditas de Alderman es el de contextualizarlas tanto a nivel histórico-cultural como personal y, por tanto, echar un vistazo a la misteriosa vida de la aclamada autora.

Vida y obra de Elise Alderman

La primera de dos hermanos, Elise Dianne Alderman nació el 14 de julio de 2006 en la pequeña ciudad de Martibury, al oeste de Surmania. Su padre era teniente del ejército de tierra, por lo que su familia estaba acostumbrada a cambiar de domicilio con frecuencia, siendo el período que pasaron en Martibury el más prolongado de los primeros años de la autora.

Su infancia transcurrió con la normalidad que se puede esperar de una ciudad surmana pequeña hasta que su familia se trasladó a Morlanshire, localidad fronteriza con Glenlanda, cuando Elise tenía solo once años. De acuerdo con las palabras de la propia autora, sus cinco años en Morlanshire jugaron un importante papel en la formación de su carácter y de sus creencias políticas. Allí conoció lo que la desigualdad social y las tensiones fronterizas podían hacer a una comunidad que, durante años y a causa de la negligencia de los diferentes poderes políticos, se ha visto «abandonada a su suerte como un pez fuera del agua que, boqueando, intenta regresar al mar» (extraído del pódcast *En el tintero*, 15 de febrero, 2034). No es de extrañar que años más tarde, ya exiliada, se inspirara en Morlanshire como telón de fondo para *Espectro*, incluida en esta antología.

Después de completar la educación obligatoria en la ciudad sureña de Blescester, tras una nueva mudanza familiar, estudió periodismo en Northkirk, donde conoció a otras figuras de la literatura nacional de preguerra. Aunque no llegó a terminar la carrera, trabajó en el diario *online Northkirk Sin Filtro* y, años después, en el *magazine* cultural *Ultracultura*. Es en este período en la capital cuando empieza a probar suerte en la literatura con relatos cortos, hasta que en 2033 publica su primera novela *La cuenta atrás para el principio*, que se convirtió pronto en un éxito de ventas. A esta la siguieron *Camino a Bahía Wellsbridge* (2037), *La lluvia se desliza por el cristal* (2041) y *Nora en la mañana* (2044), que la consagraron como una de las voces más importantes de las letras surmanas.

ALONDRA

Creo que al final la llamaré *Alondra*. El otro día, paseando por el parque de detrás de casa, vi unas cuantas y me pareció que, a pesar de su aspecto común, si por algo destacan es por su singular canto, mucho más melodioso y bello que el de otros. Creo que *Alondra* es como su pájaro. Puede parecer como el resto, pero es extraordinaria.

(Extraído de un correo de Alderman a Gemma Parrish, 23 de octubre de 2068).

Kamia no podía evitar que la suela de sus botas hiciera ese ruido sordo que se hacía más indiscreto en aquella calle estrecha. La noche parecía aumentar la intensidad de los estímulos. O quizá lo que hacía era aguzar los sentidos. La otra posibilidad que se le ocurrió a Kamia es que había perdido práctica en el arte del sigilo, pero ese motivo la ponía de mal humor, así que prefería no pensar en eso.

Accionó el mapa de su implante retiniano, a pesar de que conocía demasiado bien esa zona. Cuando llegase al final de la calle, a mano izquierda vería un callejón que daba a la parte trasera de un local abandonado; después, y de nuevo a la izquierda, girando en la esquina del callejón, otra calle igual de estrecha que daba a una corta avenida. No, no necesitaba el mapa, lo que necesitaba era ver la posición de Juna Denn, su compañera de misión.

—¿Alguna novedad? —susurró Kamia por el intracomunicador.

—*Negativo.* —La voz de Juna era grave, pero la leve distorsión del auricular integrado hacía que pareciese acatarrada—. *Ya llevo tres callejones sin salida en menos de media hora. Este barrio es un maldito laberinto.*

Kamia sonrió. «Dímelo a mí», pensó. Llevó la mano al auricular para regular el volumen y para pulsar el botón del menú. Delante de ella apareció una lista, como si las palabras estuvieran grabadas en las paredes o en el asfalto de la calle. Fijó

los ojos durante dos segundos en la opción «Detectores». Otra lista sustituyó a la anterior en la pared donde tenía dirigida la mirada. Volvió a fijar la vista otros dos segundos en la opción «Materiales sintéticos» y procedió de igual forma hasta que encontró «Tílex». Debía seguir su intuición. Ante sus ojos apareció un suave filtro que teñía ligeramente la calle de azul cian. Siguió caminando, con paso más decidido y sin preocuparse tanto por el sonido de sus botas.

Salió a la avenida y miró a su alrededor. A un lado, a lo lejos, atisbó una luz de un azul más brillante. Apenas era un punto medio oculto por los edificios, pero suficiente para que Kamia encaminara sus pasos hacia allí. Pronto llegó a una zona donde los edificios abandonados empezaban a hacerse más frecuentes y las fachadas parecían azotadas por años de olvido y despreocupación. Mientras caminaba por la avenida, en dirección al punto luminoso, escuchaba las viejas persianas y cortinas de los primeros pisos moverse y ocultar los ojos curiosos que se escondían a su alrededor.

En uno de los pisos divisó otra luz y Kamia se paró en seco. Era poco frecuente, por no decir raro, que los residentes del distrito B10 Sur tuvieran Aisis. El mantenimiento de un Aisis era demasiado costoso para el nivel de ingresos de la gente que vivía allí. Kamia dudó unos instantes y esa indecisión la martirizó. Un año atrás no hubiera tardado tanto en tomar una determinación. «¿Por qué dudas?», se dijo a sí misma, y tragó saliva al darse cuenta de que quizá su intuición fallaba y su idea de seguir el rastro de tílex no era tan buena. Sentía la boca seca y la frente húmeda. Lo que daría en ese momento por tomarse una copa de bom.

—Agente Denn —susurró por el intracomunicador—, creo que tengo dos pistas por la avenida Stuck.

—¿Dos? No sé cómo lo haces, Gowan.

—Necesito que compruebes una de ellas. Te mando ubicación. —Kamia pulsó el botón de su auricular, fijó la vista en la opción «Mensaje», después en «Mandar ubicación» y la foto de su compañera. La imagen de una mujer joven de cara ovalada

y ojos alargados se iluminó al enviar el mensaje—. Activa el detector de tñex.

—Recibido.

Tras cortar la comunicaci3n, Kamia se dirigi3 en pos del primer punto luminoso que habfa divisado en su implante retiniano. Conforme se acercaba a la calle en la que se situaba su objetivo, se cuid3 de que sus movimientos fueran m3s discretos. Tras callejear durante unos minutos, alcanz3 un viejo aparcamiento de coches. La luz cian era mucho m3s intensa de lo que se hubiera imaginado, aunque lo habfa sospechado al haber localizado el rastro desde tan lejos. ¿Qu3 hacfa que su detector percibiera esa se3al tan intensa de un Aisis? Se llev3 la mano al auricular y puls3 uno de los botones varias veces para poner el implante retiniano en modo «Agilidad». Aquello le ahorraria tiempo de reacci3n y de respuesta en caso de necesitarlo.

Ote3 la calle del aparcamiento. La acera era algo m3s amplia que la propia carretera y se pregunt3 c3mo de grandes serfan los coches que usaba la gente tiempo atr3s. El edificio situado frente a la entrada del aparcamiento delataba el abandono que habfa sufrido por parte del gobierno central y el uso que le daban ahora los residentes. Los ladrillos estaban picados siguiendo un patr3n en fila: dos picados, uno intacto y el 3ltimo tambi3n picado. Punto de venta de kum3. Si fuera otra misi3n, le hubiera importado, pero en aquel momento lo que necesitaba era que no hubiera nadie que quisiera comprar ning3n tipo de droga.

Tras un par de minutos vigilando la calle y comprobar que el punto de luz no se movfa de su posici3n, Kamia entr3 en el edificio con sigilo. Al menos todo el sigilo que le permitfan sus ruidosas botas. El interior del aparcamiento estaba vacfo a excepci3n de las columnas que delimitaban el espacio de las plazas y viejos contenedores de residuos que, o bien habfan sido quemados, o bien destrozados de alguna otra forma. La ausencia de cualquier otro elemento hacfa que el lugar pareciese mucho m3s amplio de lo que realmente era. Ech3 un vistazo a su alrededor, siempre pendiente de la marca azul en su campo de

visión, y se dirigió a la garita de seguridad. El eco de sus pasos la hizo estremecerse.

Se agachó para descalzarse cuando escuchó una pequeña detonación. Sintió el silbido de una bala cerca de la cabeza y se tiró hacia su derecha, buscando el refugio de una columna.

—¿Quién anda ahí?

Aquella voz femenina le resultó peculiar. La inflexión de esas tres palabras parecía imitar bastante bien el habla humana, pero seguía habiendo algo que resultaba artificial. Activó en su implante retiniano el detector complementario de cercanía y fue rodeando la columna hasta tener a su interlocutora a la vista. Sacó lentamente la pistola de su funda y la encendió para cargarla.

Otro disparo pasó cerca de su cabeza cuando se asomó ligeramente. Le daba la sensación de que se había salvado de esos dos intentos gracias a la suerte.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar la Aisis.

Kamia seguía extrañada por la insólita naturalidad de su voz. No sonaba como otras Aisis. Se rebuscó en los bolsillos de la chaqueta y cogió la tapadera de un vaso de GO!Café para llevar que se había guardado hacía días sin saber por qué y que había olvidado por completo. Se giró lentamente para tener la columna de frente y, tras esta, la misteriosa Aisis. Según su implante retiniano, su oponente todavía no se había acercado demasiado a su posición, por lo que activó la opción de visión de rayos X y preparó la tapadera y la pistola.

Con un movimiento rápido y preciso, lanzó la tapadera hacia un lado, sin dejar de apuntar a la posición de la Aisis. Escuchó la explosión de la bala ajena al chocar con el plástico en el mismo instante en que se asomó por la columna y disparó al hombro de la Aisis.

El grito fue lo que alarmó a Kamia. Nunca había escuchado ese quejido en un androide y la sorpresa le hizo perder tiempo en alertar a Juna, mandarle su nueva ubicación y activar su perfil en el detector. A pesar de los casi tres segundos que tardó en avisar a su compañera, consiguió llegar a tiempo de patear

la pistola lejos del alcance de la Aisis. Esta intentó incorporarse, gimiendo hasta que consiguió ponerse de pie frente a Kamia. La piel sintética de su hombro derecho se había desgarrado y bajo ella pudo ver varios cables sueltos, algunos de ellos rotos. Kamia la apuntaba con la pistola sin saber muy bien qué pensar. Su rostro tenía una mueca de dolor tan genuina que la agente llegó a considerar que no fuera una Aisis. «Pero no tiene sentido», pensó.

—No te muevas y no te haré daño —dijo con la voz tan neutral como pudo—. Arrodíllate lentamente con las manos arriba.

—¿Y si no quiero hacerlo?

Su forma de hablar distaba mucho del resto de andróides con los que Kamia se había cruzado. Le pareció como si la que tenía delante estuviera imitando la entonación e inflexiones humanas y hubiera perfeccionado esa habilidad.

—Entonces no me dejas otra alternativa. —Accionó el botón de carga y un débil clic se escapó del arma, lista para usar. Con disimulo apuntó al otro hombro en lugar del corazón, donde las Aisis tenían el núcleo y la batería.

—Esos bastardos se lo merecían.

—¿Es esto una confesión?

Kamia se preguntó quién estaría detrás de aquel fallo de programación —o programación ilegal, por lo que parecía— y qué motivos la habrían llevado a acabar con aquellas tres personas. No iba a negárselo a nadie: tras saber la historia de las víctimas no lamentaba su muerte en absoluto. Dos traficantes de armas y una de kumá que habían estado involucrados en múltiples delitos y habían aparecido muertos por asfixia. Incluso debería agradecerle a aquella Aisis su labor. Pero el DPIS no la había llamado ni devuelto el acceso a su implante retiniano para ponerle una medalla a una asesina que no dejaba huella, sino para atraparla.

Tras un ruido de chispas y cables cortocircuitados, la Aisis compuso otra mueca de dolor y se llevó la mano al hombro derecho. La primera reacción de Kamia fue dar un paso al frente y gritar «¡Alto!». La andróide levantó las palmas en señal

apaciguadora, pero en su rostro permanecía ese gesto de sufrimiento que tanto desconcertaba a la agente.

—¡Arrodíllate! —gritó, más frustrada que enfadada.

A lo lejos, escuchó pasos que se acercaban a ellas. Con rapidez miró el mapa y comprobó en el detector que se trataba de Juna. La androide se arrodilló lentamente, dejando escapar gruñidos doloridos. Su compañera se posicionó detrás de la Aisis, apuntándola con su pistola. Kamia se dio cuenta de que Juna miraba de vez en cuando el hombro desgarrado y lleno de cables y fruncía el ceño al escuchar los quejidos de dolor. Mientras Kamia seguía apuntándola con la pistola, su compañera sacó unas esposas y se las colocó con rapidez a la detenida. Los gruñidos y gestos de dolor regresaron y Juna dijo, dirigiéndose a Kamia:

—¿Por qué grita?

—¡Porque me duele! —exclamó la androide.

Juna miró a su compañera con extrañeza y levantó una ceja, escéptica. Kamia le devolvió la mirada, intentando expresarle su desconcierto. Se acercó a la habitación que tiempo atrás había servido de garita de control y donde la Aisis había estado antes de que llegaran. Echó un vistazo en la estancia y vio un cargador de batería enchufado en una toma de corriente; lo inspeccionó y comprobó que era similar a los del resto de Aisis. Lo tomó y regresó con Juna y la arrestada. La escasa luz que salía de los viejos tubos de LED bañaba su piel marrón oscuro conforme avanzaba por la planta del aparcamiento tirando de la androide y seguida de Juna, que empujaba a la detenida de vez en cuando por detrás.

Una vez fuera, Kamia llevó la mano a su auricular y encendió el piloto automático del coche del DPIS para que navegara hasta su posición. Mientras esperaban, Juna le dijo en un susurro:

—Podría estar fingiendo.

—¡No lo estoy! —La Aisis forcejeó y gruñó.

Kamia accedió al perfil de su compañera y, centrando la vista en las letras del teclado, le mandó un mensaje directo a su visor retiniano.

«Creo que su dolor es genuino. Creo que está programada para sentirlo».

Juna asintió, con gesto desconcertado. Cuando sus facciones se contraían al sumergirse en sus pensamientos, un sutil tic hacía temblar sus ojos alargados y marrones, como si los guiñara de manera muy rápida.

Al cabo de unos minutos, un vehículo bajo y alargado de color plata y una línea púrpura que lo cruzaba desde la base al techo giró por la calle del aparcamiento y se paró delante de ellas. Las letras del DPIS resaltaban en color blanco en medio de la línea púrpura. La puerta del asiento trasero se abrió hacia arriba y entre las dos agentes metieron a la Aisis. Tras subirse ellas, accionaron el sistema de navegación y se dirigieron a la comisaría del DPIS entre los ecos del motor y la escasa luz que alumbraba las calles del distrito B10 Sur.

Habían metido a la androide en una celda de aislamiento especial. A pesar de las primeras negativas y tras mucho insistir, Kamia había convencido a Delam, su jefa, de que permitieran arreglar el hombro de la detenida. Unas cuantas palabras persuasivas más y algún que otro favor futuro, y Kamia consiguió presenciar la operación desde una sala adjunta.

Todo en aquella Aisis le resultaba extraño y fascinante: su forma de hablar, su capacidad de sentir dolor, sus gestos casi por completo humanos... A todo eso se sumaba la forma en la que le estaban arreglando el hombro. Escuchaba los comentarios del técnico a través de su auricular, igual de sorprendido que ella. Lo único que pudo sacar en claro de todo aquello era que, al menos, su intuición no parecía haberle fallado.

—¿Qué has averiguado? —le preguntó Juna mientras comían una ración de carne procesada con suplemento de verduras, que olía a cualquier cosa menos a verduras.

—Hasta Darryl está desconcertado. Tiene muchísimas más conexiones internas que una Aisis normal y todavía no sabe

EXIS

Te extrañaste cuando leíste que las Exis aún le daban un uso a los humanos, pero creo que, si yo fuera Exis, también lo haría hasta perfeccionar mi propia especie. Es un poco lo que hemos hecho nosotros con la materia prima y los recursos, los hemos gastado y gastado hasta dar con el modelo que creemos que es el mejor para nuestros intereses. ¿No pensaría igual una IA hecha por humanos?
(Extraído de un mensaje privado en SpeedEy! De Alderman a Alesha Smith, 4 de octubre de 2067).

Debemos correr. No tenemos otra alternativa con los metálicos. Cada vez que vemos uno, que es todos los días, tenemos que escondernos. Es eso o arriesgarnos a intentar pasar desapercibidos en su presencia. Pero como ya he dicho, esa opción es demasiado arriesgada para nosotros. No sabemos a ciencia cierta cuáles tienen sensor térmico y cuáles no, por lo que comportarnos como uno de ellos hasta llegar a algún lugar seguro es sinónimo de peligro.

Incluso si conseguimos superar su rapidez física, no tenemos nada garantizado. Cualquier metálico puede esperarnos a la vuelta de la esquina y atraparnos o delatarnos. La vida en la ciudad de Civitela se ha convertido en eso: huir de los metálicos. Lejos quedaron los primeros años de la colonización planetaria en los que Civitela y Exterra todavía eran de nuestros antepasados terrícolas. Pero ellos nunca pensaron que serían abandonados y que los metálicos los sobrevivirían. Ahora solo quedamos algunos de sus descendientes. Y no somos muchos...

Karm3 dejó en la mesa el trozo de papel arrugado, señaló de todas las veces que lo había doblado, y miró a sus subordinados.

—Y ahí se interrumpe el manuscrito.

Su voz tenía tonalidad neutra, ligeramente grave, lo suficiente para que los receptores auditivos de alta precisión de que disponían pudieran distinguir al Designado y a otras Exis.

—«Metálicos» —exclamó una de las inteligencias artificiales—. Esos desgraciados humanos no sabrían distinguir fibra sintética ni aunque la tuvieran delante.

—Tampoco les dejaríamos mucho tiempo para hacerlo —intervino otra y rio. El resto se unió a las carcajadas mecánicas.

—Bueno, nuestros primeros modelos sí tenían un mayor porcentaje de metal.

Todos miraron a TecV5; sus rostros compusieron toda una gama de expresiones de suficiencia y desaprobación ante aquel comentario. Karm3 la miró durante unos instantes. No podía analizar su procesamiento de información, ni podía infiltrarse mediante conexión inalámbrica ni infrarroja en su base de datos interna. Esa era una de las mejoras que muchos de ellos habían pedido para las próximas actualizaciones y modelos de cuerpo sintético. De momento, el Designado tendría que esperar a evaluar el comportamiento de TecV5 solo a través de su conducta externa.

Karm3 se echó hacia adelante y juntó las manos sobre la mesa. Tenía un rostro alargado y de facciones demasiado duras que, junto a un pelo marrón sintético y muy corto, hacían difícil interpretar amabilidad en sus gestos. Esperó a que sus subordinados terminaran con los comentarios.

—Hemos dejado a la humana en una celda de interrogatorio. —Señaló con el dedo el papel arrugado—. Si sabe que quedan pocos, sabrá dónde se esconden. Aurex —llamó a uno de los presentes, sentado al otro extremo de la mesa—, tú te encargarás del interrogatorio. Y, por favor, esta vez la queremos viva...

Más risas artificiales se propagaron por la sala. Karm3 dobló el trozo de papel y lo guardó en un cajón, miró a sus compañeros y les hizo un gesto para que se marcharan.

—TecV5 —dijo mientras se levantaban—, quédate un momento.

La Exis volvió a sentarse, con sus ojos de color violeta dirigidos hacia el Designado. Tenía el pelo largo y negro, dividido por una raya en medio que dejaba a la vista la pálida piel híbrida

que recubría un cuerpo de aspecto humano que los antiguos terrícolas considerarían femenino. Cuando el resto de Exis se retiraron, Karm3 habló:

—Aún no me ha llegado el informe del Departamento de Incubación.

—Porque en estos momentos está en pausa. Necesitamos un humano gestante fértil para seguir adelante con las réplicas.

—De eso ya se van a encargar Aurex y su equipo de recolecta. Les he asignado el Panal —así se conocía coloquialmente a los suburbios, debido a su distribución urbanística y porque muchas Exis asemejaban a los humanos refugiados allí con abejas— y el extrarradio.

La inflexión y entonación de Karm3 se acercaba a la neutralidad, aunque TecV5 distinguía picos de enfado y amenaza.

—Tan solo quería asegurarme de que —Karm3 continuó y la intensidad de su voz mostró titubeo— tus circunstancias —ahora su inflexión denotaba énfasis— no te van a impedir seguir realizando tu tarea.

—No, Designado.

Karm3 asintió y le hizo un gesto para despacharla. TecV5 se levantó y salió de la sala con su peculiar paso ligero ante la mirada del Designado. Este trasteó en la pantalla de la mesa hasta que encontró el documento que estaba buscando y lo abrió. Una ficha de datos personales y laborales apareció en el rectángulo transparente:

ID: TecV5

Desarrollador: TechFluxer, Ltd.

Modelo: TF40-V5

N.º Serie: 0048775V5

Puesto de trabajo: Supervisora de incubación extraespecie.

Pulsó después el botón «TechFluxer, Ltd.» y la página se transformó para dar paso a otra ficha resumen de la antigua empresa:

Fecha de fundación: 2178 Era Precolonización

Miembros fundadores:

-Michelle McKenna (fallecida)

-Laurel Cleary (fallecida)

-IA mod. Flux7 (expirado)

Sector: Producción de IA de gama alta

Ámbito geográfico: Colonia Exo345 «Exterra».

Karm3 cerró la ficha y se quedó unos instantes en la silla, procesando todos los datos que había leído. Ya le había resultado difícil convencer a los otros miembros del Comité de Desarrollo Inteligente que aceptaran a una androide procedente de una desarrolladora híbrida de la época precolonizadora, pero les había asegurado que, a pesar de su *hardware* sesenta por ciento humano, TecV5 era de las Exis veteranas más desarrolladas y actualizadas que habían quedado de las primeras décadas de la colonización. Sus constantes puestas a punto habían probado que su sistema operativo no había quedado obsoleto y podía seguir soportando nuevas actualizaciones. En ese sentido no era tan eficaz como los modelos creados por Exis de gama superior, pero no había dado ningún problema al respecto. Y conocía el funcionamiento del *hardware* humano —o, como TecV5 lo llamaba, «cuerpo»—, lo cual era una ventaja en el Departamento de Incubación si querían seguir desarrollando el modelo de soporte semihíbrido más eficaz y eficiente para las Exis. Muchos de ellos no aprobaban tener que usar ese nuevo prototipo de modelo semihíbrido en lugar de uno completamente sintético, pero reconocían, tras ver las mejoras de Exis como el propio Karm3, que la ergonomía y adaptación que aportaba el nuevo *hardware* treinta por ciento humano eran las que mejor se acomodaban a sus propósitos. Por eso necesitaba a TecV5, para seguir proporcionando materia prima para la investigación; pero lo que le preocupaba a Karm3 no era el procesamiento informativo de su subordinada, sino lo que la mano de los humanos y la convivencia con estos pudiera haber hecho en el mismo.

Conectó su sistema de comunicación a su red encriptada y buscó en la lista de usuarios. Cuando encontró el nombre «R051E 7EE», pulsó la burbuja de conversación y escribió:

—Ya sabes qué hacer.

El suelo de la celda estaba frío y el rudimentario catre tampoco era mucho mejor. Se trataba de un habitáculo de pequeñas dimensiones, un cubo que salía de la pared y servía de inodoro y otro más pequeño a mayor altura que formaba el lavabo. Frente a estos salía un bloque rectangular cubierto por un fino colchón que parecía estar ahí de decoración más que para la comodidad de los detenidos. Aquella era la única cárcel de humanos que había quedado de las construidas durante la colonización, y las Exis no habían puesto mucho empeño en su mantenimiento.

La puerta se abrió y Aurex entró con paso firme y constante. Su cabeza no tenía pelo y vestía un mono azul marino con una franja naranja que iba desde el hombro izquierdo hasta la misma pierna y se cruzaba con otra franja a la altura de la cintura, más ceñida a la silueta de la Exis. Se situó frente a la humana con los brazos tras la espalda y, con una voz profunda y grave, dijo:

—En pie.

De su cinturón desenganchó una especie de anillas que tenían una superficie plana en un lado. Aurex se acercó a la humana y esta retrocedió con gesto de terror; sin embargo, su intento de huida quedó neutralizado por la velocidad de la Exis, que le agarró la muñeca y la rodeó con una anilla que luego pegó con fuerza por la zona más plana a la pared. La humana se resistió cuando Aurex se dispuso a inmovilizar su otra muñeca, aunque, como ya le había pasado antes, sus intentos fueron en vano. Aurex sacó el trozo de papel que habían leído sus compañeros en la reunión con Karm3 y se lo mostró.

—¿Cuántos quedáis?

Sin esperar respuesta, Aurex apretó con su dedo el meñique de la mano derecha de la humana. Había apretado con precisión

ESPECTRO

A veces es como volver a Morlanshire de nuevo. La única diferencia es que ahora soy lo suficientemente mayor como para darme cuenta de lo que las noticias esconden. Aunque esté lejos, me sigue doliendo Surmania, me sigue doliendo lo que mi tierra sufre, pero, sobre todo, lo que hace sufrir. (Extraído de la cuenta personal de Alderman de PicLink, 3 de mayo de 2070).

El catálogo de secuencias mnésicas era amplio. Tenía además varios niveles de inmersión para cada rango de edad, pero la mayoría de clientes preferían una experiencia completa de Imnesiac. La sala de espera estaba llena de gente que aguardaba su turno y comentaba cuáles había elegido o pedía consejo a clientes asiduos.

—Número 24, pase, por favor.

La voz salió por el altavoz de la sala y una mujer con una chaqueta de manga corta y unos pantalones ajustados, algo más holgados por la parte trasera del gemelo, se levantó y atravesó la puerta que daba a la sala de inmersión mnésica. Todo en ella gritaba dinero, desde su atuendo a la última moda hasta su peinado elaborado, que dejaba ver los terminales externos de su implante neuronal. Otra señal de su poder adquisitivo. Y es que los usuarios de Imnesiac solían buscar la distinción, y la mayor empresa de inmersión mnésica podía otorgarles ese lujo.

La mujer llegó a la sala y siguió hacia el asiento. El auxiliar se paró frente al mismo y le indicó que se sentara.

—Ha seleccionado «Deportes extremos», ¿desea cambiar su selección o continuar con el programa?

La clienta indicó que quería proseguir y esperó a que el auxiliar iniciara el sistema. Le indicó que se tumbara en la camilla y cogió una diadema que estaba conectada a un procesador mediante unos cables. La diadema tenía una tira perpendicular en la parte trasera que llegaba hasta la base del cráneo y una

visera que se acomodaba a la cara como si fueran unas gafas. El hombre le colocó la discreta corona en la cabeza y buscó en la parte posterior del cuello de la mujer el puerto externo del implante neuronal de gama alta. La política de Imnesiac era estricta con ese tema: solo las personas con un implante neuronal de gama alta podían acceder a los servicios de inmersión mnésica de la mayor empresa de ocio neuronal.

Cuando la diadema estuvo encendida, el auxiliar le enganchó el apéndice vertical de la misma en el puerto externo y se acercó al panel de control del procesador.

—Activando inmersión mnésica.

Tecléo en la pantalla y volvió a hablar:

—Bloque mnésico 12: Actividades deportivas. Sección B: Deportes de riesgo. Selección aleatoria.

A un lado del procesador, una vitrina de cristal con varias filas de bandejas empezó a emitir un suave sonido de motores en movimiento. Estas empezaron a ascender y desaparecer mientras aparecían otras nuevas. Los números de las mismas se sucedieron hasta llegar al 12. Unos tubos alineados en la fila 12 se desplazaron hacia la derecha hasta que los marcados con la letra B aparecieron. Un brazo metálico tomó uno de ellos y se lo llevó fuera de la fila y del alcance de la vista. Segundos después, volvió a aparecer el brazo, que colocó el tubo en su lugar y procedió de igual modo con otros cinco cilindros más de la letra B. Cuando todo este proceso hubo acabado, una luz verde parpadeó al lado de la vitrina y el auxiliar abrió un compartimento del que sacó una jeringa automática de modelo Multitransfer, la única que permitía programar las inyecciones por intervalos temporales, patentada por Imnesiac. Era una jeringa alargada con forma de pistola de cuya base salía una vía conectada al interior del compartimento del procesador. Después de administrar la anestesia, el hombre introdujo la punta de la aguja en la cánula de la diadema que salía del cogote de la mujer y apretó el botón para iniciar el proceso. Por la vía pasó un líquido casi transparente que llegó hasta el puerto externo del implante. La solución iba inyectándose lentamente en el cerebro de la mujer;

en cuestión de minutos, las réplicas de ARN llegarían guiadas por las enzimas de transferencia a los núcleos celulares del hipocampo y desencadenarían la cascada de reacciones sinápticas almacenada en la secuencia genética.

Cuando la mujer abrió los ojos, la oscuridad que proporcionaban las gafas se fue transformando en una catarata que caía desde lo alto de un risco. La corriente se precipitaba hasta una piscina natural de agua cristalina y la vegetación que la rodeaba tan solo hacía de aquel lugar un paraíso natural como ya apenas quedaban.

En su recreación mnésica, subía por las rocas hasta lo alto de la cascada. Podía notar la humedad de la tierra en las manos, el agua que le salpicaba la piel y el olor a musgo y a hierba fresca. También sentía el palpitar de su corazón al ascender y contemplar desde lo alto cómo el arroyo se precipitaba hacia aquel pequeño lago. En su recuerdo importado dio unos pasos atrás y tomó carrerilla antes de saltar. Notó que el estómago se le encogía conforme volaba por el aire y la superficie cristalina se iba acercando cada vez más. Sus ojos se cerraron con el impacto del líquido en su cuerpo y momentos después se abrieron para ver las profundidades del pequeño lago. Las burbujas se acumularon delante de ella en un azul que parecía tragar la luz del sol. Salió a la superficie y respiró el aire puro que le llenó los pulmones. Se escuchó dar un grito de excitación y emoción. La adrenalina le recorría el cuerpo y le hacía tener ganas de más. Se vio subiendo a una altura mayor y, esta vez, se atrevió con piruetas en el aire antes de chocar con el agua. Era una sensación adictiva y revitalizante.

Poco después, el recuerdo se desvaneció y apareció otro: estaba en lo alto de una montaña nevada, preparando la tabla de *snowboard*. Se apretó los guantes y, segundos después, se dejó caer por la ladera nevada. El aire helado le acariciaba la cara a gran velocidad conforme se deslizaba pendiente abajo. Se subía a pequeñas rampas y saltaba, notando la sensación de libertad al volar con la tabla. La cogía y giraba en el aire, y aterrizaba de nuevo con precisión.

Siguió experimentando otros recuerdos: caída libre con paracaídas y surf fueron los siguientes.

Pero cuando abrió los ojos para experimentar el último recuerdo, se vio en una fila rodeada de personas, todas de gran altura. En una mano tenía un animalito de peluche, un perro con ojos saltones y un lazo verde en el cuello. Miró a su alrededor y vio a unos soldados que se acercaron y tomaron su juguete sin ningún tipo de delicadeza. Notó que las lágrimas le salían sin control y un miedo que no pudo describir le atenazaba el corazón mientras la arrastraban fuera de la fila. Miraba hacia atrás, hacia una mujer a la que reconoció con amor. Se escuchó gritar, con voz de niño pequeño, «¡mamá!, ¡mamá!», pero los soldados lo tomaron en volandas y lo llevaron a una zona donde había una hilera de jaulas que parecía una perrera. Lo empujaron hacia el interior de una de ellas y el sonido de la puerta al cerrarse lo paralizó. Solo podía llorar. Lo único que sentía era su corazón a punto de explotar. Llanto y dolor. Llanto y un pinchazo en el pecho. Otro pinchazo y negrura. Después, nada.

La máquina descompresora emitió un pitido que se extendió por toda la cocina. No es que esta fuera muy grande, ninguna de ese bloque de edificios lo era, pero, aun así, el sonido intermitente parecía llenar todo el espacio. Regina abrió la portezuela del electrodoméstico y sacó el bol de pasta con salsa de tomate. Colocó un pequeño paño en la mesa del salón y el plato encima con cuidado. Llevó un tenedor, lo situó al lado del mantel y lo recolocó un par de veces más hasta que quedó bien alineado con el mismo. Volvió a abrir la puerta de la descompresora y limpió el compartimento con una servilleta.

Agitó la muñeca con un movimiento ágil y rápido y su pulsera domótica se activó. Buscó el canal de noticias moviendo los dedos hacia abajo y estiró el anular para seleccionar la opción asignada a ese dedo. El marco que tenía situado en frente